

¿Prisiones flotantes?

Cada determinados meses nuestra ciudad es iluminada en las noches por numerosos buques blancos y sucios que aparecen como espectros velando nuestro sueño. De la misma manera en que aparecen, una mañana ya no están.

Afean el paisaje y rompen la armonía de la prístina claridad del horizonte.

Ellos son una muestra apenas de lo que ocurre en los mares del sur, donde buques de diversas naciones, tienen una competencia para poder arrasarse con la vida marina que se desarrolla bajo el espejo de agua del Atlántico Sur.

Somos tan pocos en Magallanes que no logramos dimensionar la necesidad infinita de alimentos que el mundo requiere y que implica este tipo de industria. En los años 90 tuvimos nuestra propia experiencia con la presencia de los palangreros españoles. Ellos dieron trabajo y muy buenos sueldos a gente que vino del campo, de los bosques y las minas para hacerse de un ingreso muy interesante para un producto más lucrativo aún.

Con el correr de los años, la biomasa del bacalao, merluza austral y congrio disminuyó tanto que las primeras mareas de 15 días, se extendieron hasta por 60 y la capacidad completa de las bodegas sólo se llenaba a la mitad. Fue una señal evidente de que el producto tendió a desaparecer.

La diferencia entre los tripulantes de los palangreros y los de los calamarereros es abismante. Considerando unos 30 tripulantes por buque nuestra ciudad podría estar "invadida" por cada recalada de la flota por unos 500 o 600, pero ello no ocurre. No nos ocupamos de ellos porque está entregado a las autoridades y si nadie interviene es porque no debe haber problemas.

Pero: no bajan a tierra porque: ¿serán peligrosos; no tendrán dinero; no tendrán necesidad de contactar a sus familias; no tendrán interés en conocer la ciudad; comprar en una farmacia, ir al "Roca" o algún otro "negocios"?

De tanto en tanto sabemos de alguno que se escapó, que se ahogó o que desapareció en el mar. Somos indolentes con su realidad porque lo dejamos entregado a su cultura, a las consecuencias de su pobreza, a un idioma que no entendemos y no queremos agregar otro más a la que nos toca lidiar diariamente.

Nuestra indiferencia y desinterés es una muestra de la enorme falta de solidaridad que estamos generando. Nos preocupa más los derechos de un perro que la situación de 1 o 600 seres humanos.